



R.579654

BIBLIOTECA DE ENSAYOS
PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE FRANCISCO VERA

N.º 1.

EL AMOR EN ESPAÑA

CARACTERISTICAS MASCULINAS

DOCTOR CESAR JUARROS



EDITORIAL PAEZ - ECIJA, 6 - MADRID

68

OBRAS DEL AUTOR

TÉCNICAS (IX)

Informe acerca de un rancho de campaña. (Agotada.) Ceuta, 1907.
Cartilla de primeros socorros. (Agotada.) Ceuta, 1907.
Manual de primeros socorros médicos. Barcelona, 1910.
Guía médica de la Ley de Reclutamiento. Madrid, 1912.
El problema de la meningitis. Madrid, 1915.
Lecciones de Psiquiatría Forense. (Agotada.) Madrid, 1915.
Manual del Sanitario practicante. (Agotada.) Madrid, 1915.
La Psiquiatría del Médico general. Madrid, 1919.
Tratamiento de la Morfinomanía. Madrid, 1920.

DE DIVULGACIÓN (VI)

La profesión del hijo. Madrid, 1916.
Educación física y moral del niño. Madrid, 1918.
Significación y alcance de la Inspección Médico-Escolar. Madrid, 1919.
La crianza del hijo. (Agotada.) Madrid, 1919.
Normas de educación sexual y física. Madrid, 1925.
Los senderos de la locura. Madrid, 1927.

LITERARIAS (VI)

Breviario sentimental de la madre. Madrid, 1921.
La ciudad de los ojos bellos (Tetuán). Madrid, 1922.
Las hogueras del odio. Madrid, 1923.
El momento de la muerte. Madrid, 1925.
De regreso del amor. Madrid, 1926.
El amor en España. Madrid, 1927.

TRADUCCIONES (VI)

Cirugía menor. P. Chavasse. Madrid, 1903.
La imaginación. Dugas. Madrid, 1905.
El contagio mental. Vigouroux et Juquelier. Madrid, 1906.
Manual de Psiquiatría. Regis. Madrid, 1911.
Enciclopedia de Ciencias médicas. Brissaud-Pinard-Reclus. X tomos. Madrid, 1912-13.
Psiquiatría de urgencia. A. Filassier (prólogo y notas.) Madrid, 1926.

EN PREPARACIÓN

El niño que no tuvo infancia (novela).
Diagnósticos y Tratamientos Psiquiátricos de urgencia.

BIBLIOTECA DE ENSAYOS
N.º 1.

EL AMOR EN ESPAÑA CARACTERÍSTICAS MASCULINAS

Volúmenes en preparación:

GREGORIO MARAÑÓN: *Mecanismo e higiene de la emoción.*

RAMÓN PÉREZ DE AYALA: *Silos.*

FRANCISCO VERA: *La Lógica en la Matemática.*

RAFAEL DOMENECH: *El nacionalismo en Arte.*

BLAS CABRERA: *El átomo.*

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ: *Cervantes y su obra.*

Etc. etc.

ES PROPIEDAD

A sí mismo dedica este ensayo
EL AUTOR.

Suc. de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de S. Vicente, 20.—MADRID

Con la presente obra, la Editorial Páez, atenta a seguir paralelamente la marcha ideológica del mundo, inicia la publicación de su anunciada *BIBLIOTECA DE ENSAYOS*, en la que colaborarán las firmas más prestigiosas de la intelectualidad española contemporánea.

Respetuosa con todas las tendencias—aun las más opuestas y antagónicas, pero unidas por el hilo sutil de la inquietud espiritual—, la Editorial Páez acoge, para difundirlas por los países de lengua castellana, las ideas en que se está plasmando actualmente la nueva civilización, sin distinguir de escuelas ni credos estéticos, literarios o científicos, y para ello ningún

procedimiento le ha parecido más adecuado que el del *ENSAYO*, en el que se une la profundidad filosófica con la ligereza literaria.

La ciencia de los libros peca de demasiado hecha. Al libro va lo terminado, lo doctrinal, mientras que el *ENSAYO* recibe lo que todavía flota en el ambiente y está en período de cristalización. A las teorías estáticas del libro opone el *ENSAYO* el dinamismo y la audacia de la juventud, y ante el carácter conservador del volumen dogmático, el *ENSAYO* levanta, como un airón, el caudal de sus ideas nuevas, venero de sugerencias, y abre el diafragma de todas las posibilidades, que dejan entrever todos los horizontes.

Esto será la *BIBLIOTECA DE ENSAYOS*, que la Editorial Páez inaugura con *EL AMOR EN ESPAÑA*, primoroso libro del ilustre doctor César Juarros.

Dificultades de índole material en la preparación de los volúmenes anunciados demo-

raron hasta hoy su publicación, ya que era deseo de la Editorial conservar el orden prefijado; pero, ante los requerimientos de gran número de lectores, altera aquel orden, presentando al público un ensayo del eminente psiquiatra doctor Juarros, que desde el primer instante le ofreció su valiosa colaboración.

Con regulares intervalos de tiempo irán apareciendo los volúmenes anunciados y otros de los más ilustres ensayistas, que han prometido cooperar a la labor de cultura que quiere realizar la *BIBLIOTECA DE ENSAYOS*, y a todos los cuales se complace en dar públicamente las gracias más rendidas, en nombre de la Editorial Páez,

LA DIRECCION

EL AMOR EN ESPAÑA

JUSTIFICACION

Pretendí escribir páginas saturadas de objetividad. Supeditando mi ideología al propósito de enumerar, serenamente, hechos accesibles a todas las perspicacias, creí cumplir elevada misión de adoctrinamiento. Interpreté lo menos posible. Huí de alifios literarios. Busqué dar a mi trabajo carácter de índice.

No tengo seguridad alguna de acierto; sí de haber realizado el máximo esfuerzo a que mis condiciones permitíanme aspirar.

Si el lector estima que no me acompañó la suerte, reconocerá, al menos, la necesidad urgente de publicaciones de este tipo. El problema sexual español hállese sin estudiar.

No precisa poseer inteligencia singularmente dotada para conocer que surcamos tiempos de crisis, en el concepto que del amor y la ética sexual tienen las gentes.

Hasta ahora, háse verificado la mutación desordenada, incoherente, caprichosamente. En no pocas ocasiones caminando por sendas tan en pugna con el instinto, como al hominizar la perspectiva cefálica de las mocedades femeninas; tan en desacuerdo con las conveniencias estéticas como al descubrir las columnas del tronco, rara vez bellas, armónicas y legítimamente escapatizables.

Tal anarquía tiene que cesar. Forzosamente. El balbuceo ha de trocarse en frase firme, destacada limpiamente. La nueva idea llamada a sustituir, durante unos lustros, a la destronada, no será obra exclusiva de las tormentas que en el fondo de los caletres desató la quiebra de la moral clásica y el descuido de los adiestradores profesionales del pensamiento

infantil. Al quedar rezagados y perdidos en la polvareda del camino los prejuicios, tendrán que intervenir de modo inevitable estos mismos educadores, impulsados por el despecho a crear otros nuevos. La masa no acertó, jamás, a construir cárceles para su espíritu. Limitóse a proporcionar materiales. Su alineamiento, su distribución, obra es de los que, incapaces de crear, cuando se comportan discretamente, encauzan. Mas para rehacer se ha de tener noción de la arquitectura anterior, de lo derruido, de lo inmutable, de lo susceptible de reforma.

¿Cuéntase en nuestro país con este arsenal de datos?

¡No!

Cuando se escribía de amor, guiaba las plumas un sentido literario, norma todo ficción y desvirtuamiento, o una ruta procaz, semilla de rijosidades punzantes, o un sentido despectivo nutrido de escepticismo y puntos de vista faltos

de comprobación experimental, despersonalizada.

La carencia de una noción clara de cómo se ama en España dificulta descubrir cómo ha de enseñarse a las nuevas generaciones, si se pretende evitar los perjuicios resultantes de una actitud al margen de tendencias mundiales.

Este propósito y no otro llévanos a escribir las presentes cuartillas, síntesis de veinticuatro años de especializado en dolencias relacionadas íntimamente, en gran número de casos, con motivos sexuales y de un vivir ni huérfano de vibraciones, ni remiso en el afán de presenciar nuevas auroras.

I

LO QUE VAMOS A ENTENDER POR AMOR

Antes de comenzar, parece indispensable ponernos de acuerdo con el lector, acerca de lo que vamos a entender, en páginas sucesivas, por amor.

Modo de evitarnos objeciones, defectuosas maneras de comprender y desorientaciones ariscas. Para nosotros, amor es la resultante de haber introducido, injustificadamente, elementos psicológicos, con pretensiones de predominio, en el mecanismo del instinto de reproducción.

En el fondo, propósito de rebeldía. Ansia de sacudir yugos ancestrales. Deseo de constituir

excepción a leyes básicas, que rigen el desarrollo de la vida.

Es el deseo, núcleo del instinto, endeble y mutable.

¿Preténdese que el amor resulte recio y eterno.

¿De dónde procede tan peligroso empeño en rebelarse contra lo inmutable?

De un sentimiento de orgullo, de vanidad zoológica. La mayoría de los hombres considéranse como obra cumbre de la Naturaleza. La más perfecta.

Pocos perciben claramente su categoría de eslabón. Que ahora son amos de la tierra los mamíferos, como fueronlo grandes reptiles en otras épocas geológicas; que el mundo no terminó su evolución; que tras nuestra especie ha de surgir otra; que el hombre será aniquilado como lo fueron sus predecesores en el dominio del mundo.

Únicamente no queriendo examinar con serenidad los hechos, puede estimarse al ser hu-

mano como algo desligado del resto de los seres.

Ni una sola ley biológica hace excepción en los hijos de Adán.

¿Entonces?

Cúlpe se a nuestros educadores, puestos por comodidad, al servicio de un sentimentalismo falso, bisutería de feria pueblerina. Por adulación no vacilan en desfigurar la verdad.

Ni hombres ni mujeres ignoran que el deseo es clave del amor.

Abundan quienes por hipocresía, conveniencia o miedo aparentan desconocerlo.

Aun en los idilios más patológicamente románticos, las manos, temblorosas, se buscan y los labios, estremecidos, se anhelan. Ninguna poesía comparable a la emanada de derrochar energía por ver cumplido el deber, biológicamente substancial, de engendrar nuevos seres. El ansia, noble y divina, de la maternidad no tiene realización posible sino a través de la em-

briaguez sexual. Todo el mecanismo diferencial de los sexos es un acatamiento a la obligación de reproducirse.

El deseo representa un modo de seleccionar aptitudes y cualidades.

Es esto tan verdad para los insectos como para el hombre. Pero sólo éste pretende rebelarse.

Al rebelarse, causa su desgracia.

Opinando que el hombre es sexualmente distinto del resto de los animales y que sólo en él puede darse el prodigio de amores sin deseo, no presenta nada de extraño que háyase llegado a considerar el amor obra de la intención.

Por ello se mata a la infiel y rechaza y censura a la adúltera.

Si ser bueno o malo hállase a merced de la propia decisión, nadie encontrará ilógico imponer sanciones severas a quienes se resistan a comportarse como buenos.

El instinto, según esta doctrina, no tiene

fuerza ni valor. Hállase sometido à la voluntad. La materia, cosa despreciable. El espíritu lo puede todo. El amor álzase campeador sobre los estímulos viscerales.

Para hacernos entender no queremos disentir de esta tesis.

Llamaremos amor al instinto recamado de lentejuelas psicológicas: al afán de rebelarse contra la tiranía implacable de aquél: al complejo sentimiento, nutrido de lugares comunes, en virtud del cual los humanos creen diferenciarse del resto de los seres, aun cuando, como ellos, hayan sido engendrados para dar lugar al advenimiento de nuevos ejemplares de la especie.

Ya sabes, lector, lo que vamos a denominar amor.

II

LA IGNORANCIA DE
CÓMO ES LA MUJER

Una de las más destacadas singularidades del amor masculino es en España la de ignorar a la mujer.

Preguntad a hombres de cuarenta años para arriba, con fama de mujeriegos; interrogadles sobre temas de psicología femenina, y recibiréis la sorpresa de comprobar su ignorancia. La realidad, la observación, han sido sustituidas por prejuicios.

Llámase experiencia a la desconfianza sistemática, al recelo.

Infinidad de veces, nuestra calidad de psiquiatras nos impuso completar el diagnóstico

interrogando, a un marido, sobre la personalidad anterior de su mujer. Con frecuencia, el empeño resultó inútil. ¡El esposo ignoraba a la esposa! Nuestras preguntas tenían carácter de inesperada revelación:

—¡No sabía que mi mujer fuese así!

Es corriente el caso de matrimonios aptos para la felicidad, desavenidos sólo por desconocer cada uno el núcleo espiritual del otro.

Como los hombres nada saben de las mujeres, inventan, mienten, crean lugares comunes inflados de falsedad, obstructores de los caminos de la dicha.

En muchos de nuestros pueblos se sientan en la iglesia separados hombres y mujeres. No fué dado todavía al olvido el empeño, funambulesco, de una autoridad madrileña, puesto en que hembras y varones ocupasen localidades distintas en el cinema.

¿Por obra de quién mantiénese tal estado de cosas?

¡De los hombres!

El español teme al comportamiento de la mujer. Supónela frágil. Prefiere una fidelidad mantenida con la ayuda de rejas, celosías y candados, a la lograda en constante prueba, tejida de estímulos e incitaciones.

La impunidad que, cuando funcionaba el Jurado, obtenían los matadores de mujeres, poseía idéntica raigambre:

—¡Precisa hacer un escarmiento! ¡Para que aprendan las mujeres malas que no se juega impunemente con el honor de los hombres! —decíame por aquel entonces cierto jurado bonachón y pacífico; pero terriblemente inquieto ante la posibilidad de un desliz de su esposa.

Interesado cada hombre en que las mujeres a él adscritas: novia, hermana, cónyuge o amante, manténganse alejadas del trato masculino, se creó un ambiente general de recelo.

Perdido el hábito del intercambio espiritual delicado y sutil, desinteresado y lírico, al en-

contrarse frente a frente un hombre y una mujer créanse situaciones de pelea sexual.

El ochenta por ciento de los españoles piensa, sinceramente, que entre personas de distinto sexo, sólo temas, más o menos embozadamente, relacionados con éste, pueden ponerse en juego.

Un gran escritor ha dicho que la amistad entre el hombre y la mujer es siempre un amor que empieza o un amor que termina.

Alejado el hombre del trato femenino, obligado a sustituir por ficciones una ideología que debiera ser resultado de minuciosa observación; desconfiado, suspicaz y con el hábito de creerse en el deber, como el comisionista odontológico del clásico cuento esmeralda, de mostrar actitud donjuanesca ante las hembras todas, forzosamente su modo de entender el amor ha de pecar de arbitrario, incomprensivo y unilateral.

Así es, en efecto, según veremos más adelante.

Los hombres de España, falsean el sentido biológico de la ilusión amorosa, porque al construir el alcázar de los entusiasmos prescinden de la compañera.

Abundan los enamorados a quienes sólo preocupa su amor, no obstante ser éste, en la generalidad, más simple supeditación al objeto pasional que sentimiento autónomo.

Curiosa paradoja que iremos desentrañando con cautela. El hecho inicial resulta totalmente exacto.

No hay curiosidad por asomarse al alma de la Deseada.

No interesa el ritmo de sus ensueños.

¿Por embotamiento? ¿Por anestesia?

No. Sencillamente por falta de trato. Lo lejano o ausente espolea la curiosidad menos que lo cercano.

III

EL CLIMA

Factor importante, en este desconocimiento del alma femenina que acabamos de señalar, es el clima.

Todas las ideas favorables a la emancipación femenina vienen del Norte. Esa causa justa y noble del abolicionismo, por que venimos luchando cinco años arraigó, antes que en tierras donde el sol tiene un altar en cada altozano, en campos amigos de la nieve o propicios a la niebla.

¿Por qué?

Porque en ellos imponen los rigores del tiempo vida de hogar. En España las gen-

VI

AMOR Y HOMBRÍA

Expusimos como características iniciales del amor masculino la ignorancia del alma femenina, la dificultad para entender y valorar sus matices y la existencia de un caudal de entusiasmo errante. Ha llegado el momento de hacer desfilar las ideas básicas conductoras del sentimiento masculino nacional. Son cinco:

- a) *La infidelidad de la mujer constituye un deshonor.*
- b) *La mujer es inferior al hombre.*
- c) *Cuantas más mujeres se hayan poseído, más mérito varonil.*
- d) *Quien bien ama tiene celos.*

- e) *Comprar el amor no es humillante.*

Acaso de estas cinco ideas ninguna posea tan firme arraigo como la primera.

Inútil tarea la de intentar convencer a los españoles de que el amor no es un sentimiento voluntario, encauzable, susceptible de normas rígidas. Para ellos que la mujer pierda el amor y deje de querer significa grave insulto a la masculinidad. Por algo los órganos básicos de la reproducción simbolizan el valor, la decisión.

No es sólo reacción al engaño. Eslo principalmente al desamor. Son infinitos los casos en que esposas y amantes confiesan serenamente, lealmente, su desamor y, no obstante, ven-se obligadas a soportar la tiranía de compartir el lecho con un hombre a quien se odia o simplemente no se quiere.

Mi calidad profesional impóneme la obligación, ni grata ni lucida, de intervenir en infinidad de conflictos de este tipo psicológico.

Aparece aquí un factor decisivo. La preocupación del qué dirán. El español tiene en mucho la opinión ajena. Carece de suficiente independencia para desdeñar rumores, maledicencias y comentarios.

Atmósfera de patio de vecindad envuelve a las gentes. Si la opinión ajena no inquietase lo que inquieta, el número de crímenes pasionales sería bastante menor.

No preocupa el sentimiento de la mujer. Centenares de muchachas casan obligadas por sus padres.

Son ¡todavía! los padres quienes aceptan o rechazan novios.

El hombre adinerado y rumboso cuenta fácilmente con la aquiescencia familiar. Si esa mujer les engaña luego, rugirá el orgullo varonil; el entusiasmo flotante se fijará, y las amenazas, los malos tratos corporales, incluso el asesinato, entrarán en escena.

Por eso los celos son en España esencial-

mente físicos y también las soluciones. Lo que pueda pensar la Deseada tortura poco. Lo interesante encuéntrase integrado por la conducta, el comportamiento.

¿Es fiel? ¿Vive honestamente?

Pues ya está todo. Lo demás, cosa secundaria. Inútil que la amargura, el desencanto o el ensueño imposible, asome a los ojos.

En cierta juerga estrepitosa y cínica oí yo a un marido, borracho, a quien otro compañero de orgía preguntaba por su mujer:

—¡En casa! ¡Es muy buena! ¡Un angel!
¡Claro que de no-ser así no lo contaba! ¡Soy yo muy hombre para llevar cuernos!

Millares de mujeres españolas viven espiritualmente solitarias. No hace mucho contábame una noble dama andaluza, viuda, que en sus treinta y dos años de casada ni una sola noche, ni aun la de novios, había dejado de ver al marido traducir, grosera y ostensiblemente, su exaltación alcohólica.

Era celoso como Otelo. ¡Y también muy hombre!

No le importaba verse censurado por borrachín, mujeriego y pródigo. Por cornudo no lo consintiera. Hubiera llegado al crimen.

El estribillo era:

—¡Ten cuidado! ¡El día que des que hablar te mato!

La procedencia de esta influencia del qué dirán tiene muy complejo origen.

Embriagado de objetividad, falto de vida interior, el español actual, alejado de delirios místicos y de aventuras guerreras voluntarias, no puede vivir sin unos adanes de gloria, de vanidad, de orgullo.

Pónelos en la sumisión de la mujer, a falta de mejor y más fácil empleo.

En las clases muy cultivadas, el fenómeno palidece. Preocupa, como es lógico, la lealtad nupcial; ¡pero también el espíritu!

No es esto, sin embargo, lo corriente. Cuan-

do un amor muere, el hombre insulta a la mujer, culpala iracundo.

Pocas veces hácese esta sencilla y lógica pregunta:

—¿Hasta qué punto seré responsable de que esta mujer haya dejado de quererme?

Y sin embargo; ¿cómo negar que cuando un amor muere revela, siempre suma mancomunada de errores y desaciertos?

Hasta tal extremo es todo esto cierto, que frecuentemente registra la crónica sucesos en que hombres enfurecidos matan a mujeres que no cometieron otro delito sino negarse a empezar o continuar relaciones desagradables.

En nuestro país, la gente, en vez de compadecer al marido engañado, búrlase de él; aun en caso de ser digno, honrado, noble.

En el fondo, envidia. Somos un pueblo terriblemente envidioso. Las parejas de enamorados, enlazadas un poco efusivamente, des-

piertan la ira de los transeuntes. Nunca ternura ni nostalgia.

La escasez de aventuras reales compénsanse con cabriolas imaginativas; mas como esto no satisface seria, profundamente, queda el rencor. La mayoría de los compatriotas de Don Juan padecen hambre sexual. Aquí asientan las raíces de la rijosidad callejera. Sed de conquistas y, por tanto, envidia al conquistador.

Insúltase al esposo engañado por envidia al seductor. Y los casados, por miedo a que la falta de escarmiento constituya incitativo para las casquivanas.

Se envidia al seductor; se increpa al que no supo imponer severa sanción amedrentadora. El español desconfía sistemáticamente de la mujer.

Este ambiente de hostilidad al traicionado, objeto de bromas crueles, influye poderosamente en quienes, faltos de toda ocasión de triunfo, ponen las esperanzas últimas de reconciliar-

se consigo mismo sentando plaza de muy machos.

Conozco varios ejemplos de maridos celosísimos, a quienes sus mujeres no les importaban nada sentimentalmente.

Por paradójico que parezca, el asesino español de mujeres rara vez es un enamorado.

Constituye inclinación, cada vez más firmemente robustecida, la de no buscar en la mujer el incitativo para la espléndida floración del propio amor.

Infinidad de veces óyese la distinción entre el lecho de la esposa y el de la amante. Preténdese que el primero sólo admite ritos solemnes, severos, sin piruetas ni alegrías. Trátase de un automatismo. Por lo mismo el alma de la esclava ni se cotiza.

Estos celos tejidos con miedo a los comentarios comadreriles; este pensar que la infidelidad o simplemente el desamor de una mujer acredita de cobarde y poco varonil al hombre,

por inverosímil que parezca, es el eje de la vida sexual de relación.

Se toman sobradamente en serio las exteriorizaciones, las apariencias, demasiado frívolamente lo substancial del problema.

Por culpa de tan raras y paradójicas maneras de entender la liturgia del amor, la mujer española ama siempre un poco asustada, recelosa. Raras son las que se entregan confiadamente, sobre todo al marido. Muchos ritmos admirables quedan sin cuajar por culpa de tal miedo.

La suspicacia azuzada pensaría en la posibilidad de adiestramientos extralegales, cuando no son sino maravillosas intuiciones, que en la profesional nunca se dan.

Las cosas pasan como si los sucesos se desenvolvieran en una tribuna, ante jueces severos, implacables. Ni el hombre ni la mujer llegan a mostrarse en toda su sincera traducción del deseo, eje de la existencia.

Demasiado serio y circunspecto es el amor español. Como el estilo de muebles que lleva su nombre. Y ambos francamente incómodos. No permiten ni uno ni otro retrepase para quedar pensativos, sintiendo las ruedas del engranaje cenestésico.

En el amor que se da en esta tierra admirable, bella e interesante como ninguna, miles de hogares están regidos, no por el matrimonio, sino por los amigos del marido.

—¡No puedo quedar mal con los amigos!

Esta frase vulgar ha destruído más felicidades conyugales que todas las coqueterías femeninas.

Las burlas del café, las invocaciones a que el hombre no debe dejarse dominar por la mujer, han quebrantado más uniones dichosas que todas las hetairas del mundo reunidas.

Un sentido gregario, una falta de autonomía espiritual, una carencia de personalidad por poca ofuscada y cruel llevada a cabo en la

Escuela y el Instituto, hace posible tan absurda supeditación a la opinión ajena.

De todas sus influencias, la peor representala el olvido, el menosprecio hacia el alma de la novia, de la esposa, de la amante.

De este crisol proceden la mayoría de los dolores femeninos, como veremos en otro ensayo. A la mujer española, más que ser amada interésala sentirse comprendida. Poder romper el aislamiento reconcentrado a que se ve obligada; poder hablar, decir algo de las tormentas que estremecen su espíritu.

Condena a mutismo perpetuo sufren las españolas, y tanto puede el hábito y tanto el prejuicio, que ni aun cuando saben que pueden hablar atrévense a ello.

Como el hombre en vez de mirar a sus ojos mira a la galería, donde apiñanse curiosos desocupados y mordaces, la mujer calla, acabando por desear su ausencia, porque delante de él ni a pensar se atreve. A veces el pensamiento

asoma a los ojos. ¡Pero como él hállese pendiente de lo que puedan murmurar en el café!

No pocas preguntan llenas de lógica:

—¿Para qué me inquieto si luego no ha de calmarme?

Desgraciado montón de varones que no se atreven a apurar la copa por miedo al futuro. Ignoran que es siempre peligrosa la mujer asomada por propia cuenta a los abismos. La conducida difícilmente se decidirá a soltar el brazo del guía.

¡Pero como al español, más que el amor, le preocupa lo que pueda pensar la gente!...

VII

LA INFERIORIDAD FEMENINA

Ignorante del alma de la mujer, el español prefirió a estudiarla figurársela colocada en plano psíquico inferior. Indudablemente es la solución más cómoda. Como cuantas han supuesto y suponen creación de un comodín.

Idéntico mecanismo al justificador de la boga alcanzada por los espectáculos taurino y balompédico.

La embriaguez meridional impone hablar. Hablar rápida, bulliciosamente. Como función de fuegos artificiales. Hay que soltar palabras y palabras, alegres, fáciles, encendidas. ¿Mas

cómo renovar tan rápidamente el caudal de ideas?

Recurriendo a lugares comunes, a frases hechas, a prejuicios, a *comodines*, a conceptos manidos, resobados, lisos, lustrosos, fácilmente deslizables.

¡La famosa neurastenia!

¡La cacareada inferioridad de la mujer!

El español acostumbra a repetir, entre despectivo y conciliador:

—¡Bah, cosas de mujeres!

La mujer no merece beligerancia. Lindo juguete, cuando más. Tiénese para ella condescendencia gemela de la dedicada a los niños. La mujer es pueril, ligera, insubstancial.

¡En cambio los hombres!

—¡No debes meterte en lo que no te importa! ¡Son cosas de hombres!

Y las palabras resuenan con tono rotundo, campeador, incontrovertible.

—¿Cosas de mujeres?

¿Cosas de hombres?

No resulta fácil establecer en la práctica tal distinción. Teóricamente, todos los varones la dan por lógica y bien destacada.

Cuando se pregunta aisladamente a los españoles en qué datos experimentales apoyan su creencia en la inferioridad femenina, no se alcanzan, sino excepcionalmente, respuestas sensatas y documentadas. Constituye un concepto totalmente huérfano de apoyo real.

Indiscutiblemente, la cualidad femenina que más contribuye a mantener enhiesto el prejuicio es la amotividad, fuerte, brusca. A veces un poco arbitraria.

Esta irritabilidad, esta amplificación afectiva descompone, turba. Las mujeres toman demasiado en serio el amor. El español no siente el deber de la fidelidad. Los amores gustanle fáciles, volanderos, sin derivaciones sociales ni estelas económicas, sabiendo a cosa sin impor-

tancia. La seriedad amorosa de la mujer parece testimonio de su pobreza mental.

Por culpa de ello, una mayoría aplastante de hispanos regulan y desenvuelven su vida autónomamente, sin intervención cordial, en camarada, de una mujer.

—¡Como comprenderás, estas cosas no voy a contárselas a mi mujer!

Frase repetida hasta la saciedad. La compañera no existe. Suele revestir otros aspectos.

Principalmente tres: el de hembra, el de madre o el de ama de llaves.

Concurría a casa de un amigo mío, ya muerto, cierto arquitecto, hombre de mundo, dicharachero y dominado, en lo que a la mujer se refería, por el vulgar prejuicio de la inferioridad.

Acudía, también, a la tertulia un maestro de obras ingenuo, lagotero y sumiso.

Un día contaba el arquitecto sus planes de veraneo. Llevaría a la familia toda a recorrer

la maravilla de los Pirineos: Luchon, Font-Romeu, Pau, Cauterets...

El maestro pregunta:

—¿Viaje de placer, don Antonio?

—¿De placer? ¡Le he dicho a usted que voy con mi mujer!

Exacta síntesis de un modo muy corriente de pensar en las tierras iberas.

A la resolución de los asuntos serios rara vez asiste la mujer.

De esta absurda manera queda privado, de sombra bienhechora, el yerno de la mayoría de las vidas.

Los que más estimulan cualidades espirituales de la Deseada. A permitir que se exterioricen nunca llegan...

Padecen nuestras mujeres una especie de tutela que, amordazándolas, impídelas exteriorizarse plenamente en toda la amplitud de sus posibilidades.

Insensiblemente aléjase así a la esposa, a

la novia, a la amante, del mercado de los sentimientos serios, transcendentales. Se embadurna su psicología de vanidad emperifollada.

Las mujeres no saben hablar sino de trapos. ¿De qué pueden hablar? De lo que más las gustaría dialogar, de sexualidad, las está prohibido. Se refugian donde se las permite refugiarse.

¡Lástima!

Ningún tema tan interesante como el del deseo. En ninguno refléjase tan límpidamente la personalidad.

La vanidad de las telas no es nunca sino resultante de un instinto incompletamente satisfecho.

Por paradójico que parezca, las mujeres que más hablan de vestidos son siempre las más heridas por el afán de ser desnudadas.

Los españoles recusan la coquetería cuando se trata de mujeres a quienes ellos han hecho concesión pública de su marchamo. Con las

otras es muy distinto el cantar. Tengo un amigo que echó en el platillo todo el coraje de que es capaz para evitar que su esposa se cortase el pelo según los dictados de la moda. Tiene, en cambio, una querida peinada a lo muchacho.

Curiosa esquematización. A un lado la esposa, la prometida, la amante legal. Al otro, el resto de las hembras.

—¡Se lo consiento porque no es mi mujer!

De esta arbitraria división fluyen consecuencias altamente importantes. A la que puede deshonorar se la oculta un sector considerable de la vida. Escuché este reproche.

—¡Así no se debe besar a la madre de nuestros hijos!

A la que no tiene riesgo de deshonor se la escamotea igualmente otra importante porción de pensamientos y sentimientos.

También escuché:

—¡Cosas tan serias no hay por qué contárselas a la querida!

O lo que es lo mismo: las relaciones entre él y ella tienen siempre algo de incompleto, de fragmentario, y ni él ni ella dan, en caso alguno, todo el rendimiento espiritual de que son capaces.

No es nunca total el amor. Se ama fragmentariamente y, por tanto, inconsistentemente.

Y el amor resulta cosa deslabazada, como sopa de convento.

Infinidad de mujeres tontonas y leales en brazos de un hombre, resultan sabrosas y desleales en los de otros.

No escasea el tipo, tan pintoresco como trágico, de los sesudos que tratan a sus mujeres como a entretenidas y a su entretenidas como a esposas. El resultado es no encontrarse jamás ante una mujer total.

Conozco un amigo, excelente muchacho, para el cual acaso el mayor placer que su in-

• fidelidad repórtale es comer con el cuello desabrochado y los pies dentro de unas pantuflas, comodidades que no se atrevería a procurarse en su hogar.

Ignora de su mujer el ansia de cordial camaradería y de su amante un extraño afán lírico que se balancea en la melancolía azul de sus ojos. A ninguna complace, por ninguna es complacido totalmente; pero a las dos considéralas con menos seso que un mosquito:

—¡Ninguna sabe entenderme!

VIII

LOS ÉMULOS DE DON JUAN

El español envidia a don Juan. Siente la nostalgia del número en lances amorosos. En todo hombre hay un seductor latente. Que salga o no a la superficie, dependerá de las circunstancias.

Efecto de este sentimiento es la facilidad con que el español se inclina al adulterio. No creyéndolo delito ni casi falta.

Tal estado de avidez obedece, en primer término, a las dificultades que hallan las aventuras mercenarias. Se concede tan excesiva y desproporcionada importancia a la unión sexual,